



MIRANDA

Boletín del Centro Cultural de Llansá

Año 1967

MARZO - ABRIL

Núm. 54

Depósito Legal GE-58-1958

Imp. García de Pou - Vilallonga, 34 - Figueras

SERIA MUY INTERESANTE... SIN EMBARGO

SERIA MUY INTERESANTE

continuar la publicación de «Miranda»

SIN EMBARGO ¿se nos dará la autorización que exige la nueva Ley de Prensa?

SERIA MUY INTERESANTE

comentar en «Miranda» los hechos de Llansá

SIN EMBARGO ¿aguantaremos las subidas de precio de la impresión?

SERIA MUY INTERESANTE

crear una Biblioteca en Llansá

SIN EMBARGO ¿habrá dinero para ello?

SERIA MUY INTERESANTE

tener «Miranda» y Biblioteca

SIN EMBARGO ¿qué preferirían nuestros lectores y protectores en el caso de no alcanzar las dos cosas?

SERIA MUY INTERESANTE

que en «Miranda» se ganaran algunas mejoras para Llansá

SIN EMBARGO ¿y la susceptibilidad de la Administración que se siente ofendida – y amparada por leyes que se anuncian – por «faltas de respeto»?

SERIA MUY INTERESANTE

que «Miranda» aumentara el número de escritos en catalán

SIN EMBARGO...

entrevista

JAIME ISERN FONTACABA

De pequeñaros nos chocaba aquella casa. La casa de la tribuna. En la entrada una prensa para la uva. La bodega hasta el fondo. Aquí una escalera y en un altillo, protegido por una baranda, el comedor

En diciembre del mil novecientos diecisiete, en esta casa gris taciturno, pero con viva vida, con trasiego y olor a vino, comenzó nuestro amigo Jaime Isern.

Le pintaríamos a Jaime con gris, tenue azul y vago marrón. Cuidaríamos mucho el retrato, lo puliríamos pacienzudamente y lo presentaríamos entre unos paisajes, mar y árbol y arcilloso camino.

Me ha recibido Isern hoy y hemos hablado de pintura, su «hobby».

Los pinceles, los colores, las telas, los marcos, llevan muchos años con Isern, pero Isern no se ha exteriorizado mucho.

Queremos sonsacarle un poco.

—Cítame unos nombres de pintores.

—Joaquín Terruella. Terruella ha sido nuestro pintor. Yo siento a Terruella.

Durancamps.

Dalí... Dalí.

Y Fortuny.

Goya.

El maestro Velázquez.

—¿Tus principios?

—En la escuela. Con el maestro D. Sixto Vilá, de tan buenos recuerdos. Un poco en competencia con el malogrado amigo Alejandro Feliú.

—¿Algún concurso de pintura?

—En Port-Bou el año 1965 obtuve la copa del primer premio que entregaba el Ayuntamiento en la organización cultural del mismo Ayuntamiento en la Fiesta Mayor.

También al año siguiente me dieron una medalla.

En Figueras en un concurso organizado por el Bancobao conseguí la medalla del tercer premio.

—¿Alguna cosa especial con respecto a los concursos?

—Me quiero referir al de Llansá.

Opino que el jurado ideal es el que está formado por una selección de gente entendida.

Tampoco estaría mal el voto popular; pero no llego a comprender la lógica del voto de los asistentes a una cena. Esta determinación, del último concurso de Llansá, me sorprendió mucho.

—Dejando el sistema de jurado ¿qué otra cosa me dices del concurso de pintura de Llansá?

—Lo considero muy importante.

No sé exactamente si los tres premios anuales van quedando para la formación del museo de pinturas de la población o si solamente se adquiere el primer premio.

Pienso que deberían quedar los tres.

Habría que ir con prisas a la realización de este previsto museo.

—¿Tu pintura, cómo la explicarías?

—Realista. Destacando el color.

Me gusta copiar la naturaleza y, en lo que pueda y sepa, exaltar el colorido.

—¿Cuáles tus mejores obras?

—No sé exactamente.

Quizás me las adquirió el señor J. Sol de Port-Bou.

Unas encinas y en segundo plano el campanar y la iglesia de Llansá.

O unos pinos de Grifeu teñidos por el azul intenso del mar de nuestra bahía.

—¿Por qué son las mejores?

—Ambas son paisajes. El segundo con nuestras aguas.

Los encuadres me parecieron muy acertados y los trabajé con mucha ilusión.

—¿Colores preferidos?

—Los amarillos cadmio, los morados y los azules y verdes.

Los cadmios dan mucha luz.

Terruella, que captó mejor que nadie nuestro paisaje, los usaba mucho.

—¿Después de las orientaciones de D. Sixto Vilá has tenido otras lecciones?

—Ni ocasión, ni posibilidades. Es una triste realidad para mí. Barrenechea, Martínez Lozano y Terruella son pintores que han vivido con nosotros.

Les he visto pintar y he observado sus maneras.

Me han enseñado mucho.

Mi afición, mis prácticas y cuanto he sabido asimilar de ellos es todo.

Le dejo ya.

Le dejo que vuelva a su lenguaje.

De formas y colores para decirnos algo.

Le dejo con su familia y con su caballete.

Con un esfuerzo, tozudo y casi heroico.

Con sus amarillos cadmio y sus morados.

m. f. c.

Album de la villa

Luz

Desde tiempos prehistóricos, éste ha sido el mayor problema del hombre. Nuestros antepasados sufrieron para conservar el fuego que, durante las noches, les proporcionaba la tan codiciada luz.

Un tema que, siendo viejo, aun no ha encontrado solución total. ¿Se ha buscado? Esta es la pregunta que no sólo se hacen los llansanenses, sino también buena parte del Alto Ampurdán.

Se habla de la conquista del espacio, vuelos de aparatos supersónicos, hombres a la luna, centrales nucleares, cerebros electrónicos, y nosotros... ¡que a la primera gota o al menor soplo tengamos que correr con velas!

Llansá, población en pleno desarrollo, centro turístico de notable interés, Llansá 1967, precisa una urgente solución al problema que ha venido planteándose en el transcurso de los años.

Es francamente desolador que, en ciertos sectores de la población y a determinadas horas del día, sea completamente imposible leer el periódico o ver correctamente la televisión. Es incomprensible que las amas de casa se encuentren con que no pueden planchar, por falta de fluido. Muchas veces, al afeitarnos lo hemos tenido que dejar por imposible; la luz no tenía fuerza ni para mover el pequeño motor de una máquina de afeitar.

Pero esto, que sólo parece un problema casero, trasciende al exterior. En cuanto nos asomamos a la calle, nos encontramos que ésta también sufre las consecuencias de tan deplorable suministro eléctrico. El esfuerzo efectuado por nuestra Corporación Municipal para remediarlo no se ve coronado por el éxito, ya que las numerosas y potentes lámparas instaladas dan una luz pobre y mortecina.

J. G.

La una de la tarde

¿No encontráis simpática esta hora?

Varios aludes de coches, motos y alguna bicicleta – ¡cómo cambian las cosas! – lo invaden todo. Uno piensa que la gente tiene buen apetito, y esto es sano. Porque la marcha de estas comitivas humanas tiene prisa. Como siguiendo la comitiva – es suposición – uno entra en las casas, y tras rápidos saludos a la mujer y a los hijos, o a los padres y hermanos, les ve sentados ya a la mesa sin muchas triquiñuelas y atacar rápidamente los platos.

La una de la tarde es hora de gran movimiento en la población.

Nos podemos acordar de la gente que ha trabajado durante toda la mañana, atados a sus tareas a veces ímprobos. De sus ilusiones familiares. Del gusto con que comen. Y de los comentarios saltarines sobre las cosas del pueblo.

Alrededor de la una de la tarde, la vida pasa del trabajo, a la mesa, al café y al trabajo de nuevo. Vida de familia, de trabajo y social casi juntas.

Vivimos más cerca.

Tratemos de tratarnos, por lo menos a esta hora. Algo habría ganado la convivencia local.

M.

Un ejemplo

En la carretera que sigue emparejada a la «Ribera» se ha construido una estación para servicios al automóvil.

El edificio está separado unos metros de la misma carretera con unas vías de acceso limitadas por unos parterres.

Se ha podido conservar un árbol allí.

Un chopo de cuatro troncos o cuatro chopos que juntan sus copas.

Nosotros juntamos la nuestra a la del señor Noedt brindando por su buen acierto.

Hermoso árbol. Loable decisión.

Id. Vedlo. Vale la pena.

F.

Prisa

¿Hacia dónde van las personas que abandonan la iglesia con celeridad cuando el sacerdote reza las últimas oraciones de la misa? ¿Qué prisa azuza a estos «cristianos impacientes»?

¿Serán de la misma ralea de los que, en el cine, se levantan presurosos y huyen a todo correr apenas el «crescendo» de la música del film presagia el final del mismo?

Aunque la cosa varía sustancialmente de un caso a otro...

¿Prisa?... ¿ignorancia?... ¿mala educación, simplemente?...

S.

Carta sin sello

Sr. D.

Patrimonio Artístico Nacional

Muy señor mío:

Ya sé que usted tiene muchas cosas en qué pensar y muchos cabos que atar.

Nada, que esto es bueno; pero haga algo para absorber más trabajo, por favor, que la Torre Románica de Llansá no puede esperar más. No es que se vaya a caer, pero sí que está desentendida de la revolución llansanense en pro de la «industria del turismo» que es dominante y esto no tiene ninguna gracia.

La necesitamos.

Compréndalo usted. Póngase en nuestro lugar que es una buena manera de arbitrar los asuntos.

Tal como la tenemos nos da hasta cierta vergüenza.

Venimos insistiendo en varias ocasiones y lo vamos diciendo sencilla y comprensiblemente.

Estamos en la confianza de que usted, además de su buena voluntad, podrá valerse de sus infinitos recursos a fin de darnos la respuesta que tanto nos tarda.

¿Manos a la obra?

Que sea y pronto.

Sino ¿para cuándo?

Con mis respetos

CARLOS.

Ruta turística

La carretera de Port-bou a Figueras está en lamentables condiciones. Además de su estrechez e innumerables curvas que existen a lo largo de la misma, hay una cantidad de baches, imposibles de esquivar en caso de cruzarse dos automóviles. Con ello, la carretera es casi intransitable.

Una carretera internacional en tales condiciones no es precisamente del agrado de las gentes que cruzan esta frontera; más bien al contrario, prefieren dar un rodeo y esquivar esta ruta. Es de suponer que el perjuicio que causamos al visitante extranjero en esta zona, no le predispone precisamente a pasar en ella sus vacaciones.

Hasta ahora, cada año se hacían en la misma unas reparaciones que, si bien no se arreglaba del todo, conseguían por lo menos no hacerla tan peligrosa, tapando los baches. Este año, por el momento, no hemos visto ninguna preparación para tales reparaciones y el verano va llegando a pasos agigantados.

Por otra parte, esta carretera pasa por el interior de dos poblaciones, Garriguella y Peralada, donde llega a unos extremos de estrechez que sólo permiten el paso de un solo vehículo en una sola dirección. El problema es cuando pasa un autocar o camión y, en dirección contraria, otro vehículo de la misma índole. Si esto sucede en verano, la cola que se origina es espeluznante.

Creemos que, dada la situación de esta carretera, debiera estar en otras condiciones de las que se encuentra actualmente.

J. M. C.



a * s * t * e * r * i * s * c * o * s

J. Robert Oppenheimer

En este pasado febrero, murió presa de un terrible mal –cáncer de garganta– el que fue reconocido mundialmente como «padre de la bomba atómica».

Oppenheimer, de origen judío alemán aunque nacido en Nueva York, fugitivo de la patria de sus padres ante la persecución de Hitler, ha sido un verdadero genio, uno de los hombres más inteligentes de nuestros días. Fatalmente inteligente, por los funestos efectos a que contribuyó.

Cuando el presidente Roosevelt, aconsejado por Einstein, decidió la creación de un arma definitiva –la bomba atómica– Oppenheimer, entonces un joven y brillante físico en Princeton, fue el designado para dirigir el proyecto, al frente de un numerosísimo equipo de técnicos.

Y, en la madrugada del 16 de julio de 1945, la primera explosión atómica, en su fase experimental, fue un hecho. El ensayo, que dejó sorprendido y anonadado a su propio creador, se realizó en el desierto de Alamogordo, del estado de Nuevo México.

Después, irreparablemente, el segundo artefacto atómico, ya no en plan de ensayo, arrasó Hiroshima. Han pasado desde entonces muchos años y aun todos los hombres con un mínimo de sensibilidad, a pesar de conocer el hecho sólo de oídas, no pueden evitar un estremecimiento al recordarlo.

Con mayor razón Oppenheimer, que se consideró siempre responsable de la sangrienta masacre y de lo que siguió en esta insensata carrera hacia la destrucción, no se recuperó jamás del impacto recibido. Por ello, negóse a colaborar más tarde en la creación de la bomba de hidrógeno. En el juego cruel de la política norteamericana, cayó en desgracia. Se le acusó de comunista, de conspirador. Y le hundieron en una semijubilación forzosa, gris y amargada, en el «Instituto de estudios avanzados», en el mismo Princeton.

Al escribir de Oppenheimer acuden al pensamiento muy duros juicios y, a la vez, una inmensa piedad. ¡Cuánta muerte!, ¡cuánta des-

trucción!, ¡cuánto dolor! se ha cargado sobre el privilegiado cerebro de este hombre que pagó su deuda solo, olvidado, consumido por un inexorable mal.

Pero... ¿y los demás? ¿Cuántos cerebros y cuántas voluntades colaboraron en el más trágico hecho de nuestros días? ¿Dónde están todos? ¿Dónde están?...

J. V. Foix

Hace algunos años, en una velada organizada en nuestro Centro Cultural, conocimos al poeta J. V. Foix. Aquella noche, al aire libre, entre unos cuantos admiradores de la palabra escrita, Foix, Tomás Garcés y Josep Palau i Fabre recitaron sus versos. Palau empezaba entonces a residir en Gtifeu, Garcés vino desde La Selva de Mar, donde pasa largas temporadas, y Foix, igualmente, del Port de la Selva. Los tres, ligados en algún modo a esta costa «dura i dreta», como dice Garcés, cercana al Cap de Creus. Entre el público, aquella noche, estaba otra insigne figura de las letras catalanas, ahora ya desaparecido, Miquel Llor.

Recordamos de Foix su gallardía, su autoridad, su voz grave, categórica, sus maravillosos versos, sonoros, deslumbrantes, que representaron para nosotros, al oírlos en la voz de su autor, el descubrimiento de algo misterioso, de rara belleza.

A J. V. Foix le han concedido recientemente el Premio Nacional de Poesía Catalana «Jacinto Verdaguer», por su obra poética completa.

Leer a Foix es siempre encontrarse con algo nuevo, sorprendente acaso, difícil algunas veces pero con una profunda plasticidad, con un fabuloso encanto. No hablemos ya de su inimitable prosa poética, esa prosa de tantas virtudes formales, de tanto ingenio, de tan rotundo dominio del lenguaje, de tanta brillantez y riqueza de léxico.

«He desat els papers a la lleixa del pastador, entre pales i sedassos, i amb el servent hem anat a la Font del Torelló a omplir els samalons. Quan, de nit, he anat a Can Feu a ofrenar,

enamorat, un gresol de ble primerenc a la Sibí-
lia, he vist com, mal arrecerades sota un saüc,
dues vetlles bescanviaven pells de cabra i pa-
lets de riera manuscrits...» (del «Diari 1918»).

«Els vilatans, amb brogit de pineda bressada
pel llebeig, s'han ajustat per molls i platges, i,
ara l'un, ara l'altre, vells, joves i mainades, han
posat els peus en mar, i braços plegats, en creu
o estirats endavant, segons el moviment de les
onades, han avançat per les aigües, tot rient i
cantant...» (de «L'estrella d'en Perris»).

Dice J. V. Foix: «Mi obra es belleza. Belleza
y alegría, goce. También libertad. Sí. Es poesía
solar, llena de luz y de elementos eróticos. Y
realista. Nada de sonámbula ni surrealista. Yo
vivo de lo que me rodea y las palabras. Al es-
cribir, brota todo con naturalidad».

Montserrat Pastra

Los muñecos «Tat» nos parecen realmente
graciosos y bien concebidos. Sus formas, pica-
rescas o ingenuas, alegres siempre, son una
presencia de Llansá en muchos escaparates de
otros pueblos y ciudades. Angelotes, demonios,
duendecillos, payeses, hawaianas, bailarinas...
Uno recuerda haberlos visto, no sin cierta sor-
presa, en una tienda de Viella, en el Valle
de Arán.

Un buen número de mujeres y chicas tra-
bajan desde sus casas, bajo la dirección de
Montserrat, en la confección de estos muñecos.
Ello, pues, representa una de las escasas formas
de artesanía locales, quizás la única. Social-
mente, en el contexto de nuestra villa, tiene
su importancia.

En España, país de gran tradición en juegue-
tería, debe ser difícil imponerse en el ramo. La
región levantina, por ejemplo, ha producido
desde siempre juguetes de gran calidad. Por
ello vemos con satisfacción el progresivo afian-
zamiento de los muñecos «Tat» en el mercado.

Aplaudiremos siempre cualquier obra que
valorice y dé a conocer el nombre de Llansá.
Ello debiera ser una cosa de todos y para todos.

S.

... ¿Quieres ayudarnos?

Amigo lector:

—Sí, no te extrañe que te llame amigo. Disculpa la li-
bertad que me he tomado. Así te considero y, con la fran-
queza que me otorga la amistad que te brindo, pienso ha-
blarte. Si tú no correspondes a mi amistad, si la rechazas,
te pido que no me leas, o, por lo menos, que no te sientas
aludido por lo que te voy a contar.

Un día de estos, en que la primavera se hizo notar más
que de costumbre por la gran bonanza reinante, te vi
pasar. Ibas deprisa, muy deprisa, demasiado. Venías del
Puerto, no sé si de tu trabajo o de dar un paseo. Puede
que de ninguna de las dos cosas. Tu aspecto exterior po-
día ser el de un albañil o el de un pintor, puede que pare-
cieras un oficinista. ¿Acaso eras estudiante?... No lo sé.
No me fijé. Algo más me preocupaba: tu edad. Aparenta-
bas rondar los diecinueve años. Me haces meditar. Yo
también los tuve. No creas estar hablando con un anciano.
Hace pocos años también yo sentía como tú esos
deseos de correr, ese afán por poseer algún vehículo de
motor. Como tú soñaba en una motocicleta, pequeña o
grande, la que fuera. Pero, eso sí, exigía de ella una con-
dición: que fuera rápida o, al menos, que me lo pareciera.
Gran poder de aceleración. Que en unos segundos se co-
locara sobre los sesenta kilómetros hora. Después, aunque
no corriera más, daba igual.

Papá te compró la moto o quizá tú con tu trabajo pu-
diste conseguirla. Ahora que has logrado tu sueño quisie-
ra hacerte un ruego: haz un alto en el camino. Para el
motor y dime: ¿Cuántos kilómetros llevas recorridos? ¿Cua-
tro mil? No presumas. Son pocos. No te dan derecho a que
te proclames excelente corredor. Sí; ya sé que conduces
bien, pero debo decirte que sólo estás finalizando tu
aprendizaje.

Sé que eres un joven consciente. Y también sé que si
te pregunto la razón de tu prisa no sabrás qué contestar-
me. Parece como si se contradijera tu forma de pensar y
de obrar con tu forma de conducir. ¿Cuántos minutos
ganaste en el trayecto Puerto-Villa? ¿No lo has pensado?
No, no me respondas. Tan sólo piénsalo.

Son muchos los que se ven invadidos por la embria-
guez de la velocidad, cuando se percatan de la docilidad
con que obedecen las máquinas por ellos conducidas. Tú
mismo me lo has dicho: corrías sin saber la razón. Nadie
te esperaba y, sin embargo, tenías prisa por llegar. Pero...
¿dónde?...

Un perro que cruce la calzada, un niño que salga
corriendo, un pinchazo, un residuo de aceite de cualquier
camión, el más insospechado de los imprevistos, pueden
ayudarte a que llegues antes... al suelo, en el mejor de los
casos. Si tu fortuna no es tanta, tu velocidad te llevará a
la farmacia, al médico, a la clínica. Y si la suerte te vuelve
la espalda, dime... ¿dónde vas a llegar?

No pretendo asustarte. No veas en la moto ningún
poder maléfico. Tampoco la mires como si se tratara de un
elemento de destrucción. Piensa que quien la convierte
en un peligro para él y para los demás es el propio con-
ductor. Si todos fuéramos conscientes no se pagaría el
tributo, el gran tributo, que todos los años exige el asfalto.

Me he dirigido a tí con el ánimo de hacerte una llama-
da, un ruego: contribuye a que en nuestra villa el riesgo
de accidente sea menor. Apelo a tu conciencia con la se-
guridad de que no me defraudarás.

Espero de tí porque sé que tu juventud es generosa,
porque sé que quieres demostrar tu hombría, tu madurez,
lo mucho que vales. Porque sé que me ayudarás a conse-
guir este Llansá mejor que todos anhelamos.

JUAN DABAU

Sinfonía del viento

Domingo de Ramos en el «Palau del Vent»

Por ALBERTO SALVATELLA

Parece que este Marzo, griposo, ululante, con rebrotes de primavera loca, que estamos sufriendo, quiere dar razón al viejo refrán de «Marzo ventoso...»

Anoche barría las calles de la ciudad con enorme escoba. Los paseantes, en ínfimo número, pasaban arrebujados como en los mejores -o peores- días del invierno.

De madrugada, sus chillidos en chimeneas, ventanas y puertas mal ajustadas ponían temor en el ánimo de los desvelados, jugando a crear fantasmas en las mentes infantiles.

Levanta el día soleado, tan típico del Ampurdán, pero acompañado por los persistentes aullidos lastimeros, que levantan remolinos en las esquinas ciudadanas.

El cronista, que ha madrugado, se embelesa ante la vista del llano batido por los cien mil caballos galopantes, en carrera desenfrenada hacia el golfo de Rosas, que luce a lo lejos como un inmenso espejo. Los sembrados, bastante crecidos este año por las lluvias generosas pasadas, se dejan peinar en un movimiento continuado, que pone reflejos de esmeralda en el azul profundo de un cielo sin nubes.

Sobre Recasens, y a lo largo de la cordillera, se extienden los montones nubosos que, sin lugar a dudas, anuncian la continuación del viento por unos días más. Nos imaginamos el mar alborotado con crestas de espuma, creando parajes imposibles a los pescadores de altura. En el parque se percibe una verdadera sinfonía al filtrarse las ráfagas por entre la arboleda.

En la soledad mañanera de que goza el cronista, sólo turbada por una mujeruca con un ramo florido de laurel, parece oír los versos cantados, a grito pelado, por Raimon: «Al vent, la cara al vent...» O aquella otra vibrante canción: «Visca el vent, visca el vent del Nort...»

Con todo, hay momentos de calma o semi-calma y es entonces cuando se entiende el lenguaje de los árboles acariciados por el viento. ¿No hay nadie, de los que aman a los árboles, que no haya entendido esta magnífica sinfonía, esta orquesta descomunal que forman los árboles del bosque, pulsados por el dedo gigante del viento desflecado?

A mí me ha parecido entender esa música alada, imaterial, perdida en los altos ramajes, que suenan como verdaderos instrumentos. Un pequeño manzano gime como un violoncelo; el grueso alcornoque parece un contrabajo; una larga hilera de cipreses, todos enhiestos, imitan perfectamente una legión de arpas; los pinos jóvenes, violines tenues; el sauce, una flauta...

Al poner el oído junto a las ramas parece que cuchichean entre sí, contándose mil secretos. Un roble viejo tiene un gorjeo de hojas secas, talmente de pájaros. En el

monte me ha parecido oír el respirar de los enebros, quizas contándose amarguras de árbol de Navidad, en versión pobre, el aleteo de los nogales o las transparencias de daga oriental de las hojas de los eucaliptos. Al fondo de todo, como un contrapunto al ruido de los coches de la vecina pista, el tronar de los ascéticos árboles desnudos ante la arremetida de una marea de viento.

En la Rambla, mar alborotado de rizos, trenzas y cintas, se cimbrean con coquetería exótica las rubias palmas con su lacito multicolor. Triunfa el aroma silvestre del laurel; el incienso sube al cielo para pronto tomar dirección del sur, impelido por la potencia enorme de ese nuestro vecino del Norte.

Los chiquillos de las tres parroquias se apretujan orgullosos con sus palmas; las mamás, con mirada desolada, contemplan las invisibles galas cubiertas por los inoportunos abrigos de invierno.

Y se lee la Pasión bajo el concierto estrepitoso del viento. ¿Soplará durante cuarenta días más, como decían los viejos de nuestra tierra, al ser leída con viento?

Se retiran las tres parroquias con sus cantos y rezos... sólo queda una alfombra de hojas sueltas, que pronto el aire cuidará de arrinconar.

En el Campo de Deportes, los muchachos que provienen de las humedades neblinosas, que saben de patos, arroz, anguilas, juncos, del delta del Ebro, no aciertan a controlar el balón, poniendo cara de sorpresa cada vez que el viento, como un «equipier» más, les arrebatara el esférico. En las gradas, no muy repletas, se ansía la pronta terminación del espectáculo, pues cada vez se pone más frígido el ambiente y se tienen nostalgias de la cafetería tibia o del cine acondicionado.

Como cada año la gente se repite: «¿Es que volvemos al invierno?...» Y es que el pueblo es muy desmemoriado y sólo se acuerda de Santa Bárbara cuando se oye tronar.

De regreso a la ciudad, el cronista, abismado, va pensando en muchas cosas. Las tierras, los árboles, las cosechas de nuestros campos...

Para terminar el día, le acuden al pensamiento unos versos del poeta ampurdanés Carles Fages de Climent, que pueden servirnos muy bien de oración:

«Braços en creu damunt la pía fusta
vetlleu, Senyor, la closa i el sembrat.
Doneu el vert exacte al nostre prat
i mesureu la tramuntana justa,
perquè ens eixugui l'herba
i no ens espolsi el blat.»

Figueres, diada del Ram 1967.

F. LORDA ROIG

TIERRAS Y MINERALES PARA
LA INDUSTRIA EN GENERAL

(YACIMIENTOS PROPIOS)



TRATAMIENTO Y PULVERIZACION DE

PEGMATITAS Y FELDESPATOS



MINAS CARMINA

LLANSÁ

Oficinas: BARCELONA
Calle Gerona, 9